LA NOVELA SEMANAL

Carmen de Burgos (Colombine)

La nostálgica

30 cts.

2337

LA NOVELA SEMANAL

AÑO V | 10 OCTUBRE DE 1925 | NÚM. 222

CARMEN DE BURGOS

«COLOMBINE»

La nostálgica

NOVELA

PUBLICACIONES
PRENSA GRÁFICA
MADRID

CARMEN DE BURGOS

"COLOMBINE"

Con La nostálgica *honra por quinta vez la ilustre escritora Carmen de Burgos las páginas de* La Novela Semanal. *Antes ha publicado* El artículo 438, El extranjero, El anhelo, La melena de la discordia, *muestras todas y cada una de ellas del sentido esencialmente novelesco de la autora, de su dominio en el difícil género que no todos los escritores pueden acometer con fortuna.*

Anteriores y simultáneas de La Novela Semanal, *numerosas revistas del mismo carácter literario han contado también entre sus más ilustres y asiduos colaboradores á Carmen de Burgos.*

Ello acusa hasta qué punto es uno de los maestros preferidos del público y cómo se cumplen en ella las más amplias aptitudes de fantasía creatriz, estilo narrativo, aguda observación y riqueza de sentimiento.

La novela breve, la narración sujeta á límites fijados de antemano, es acaso uno de los géneros literarios que más cultivadores tiene en la actualidad, y, sin embargo. acaso no llegarán á veinte los novelistas españoles á quienes pueda reconocerse esas aptitudes que indudablemente posee Colombine.

Cierto que también domina la novela «grande», el

libro donde puede desarrollarse sin trabas el asunto y describir con la extensión conveniente escenarios y conflictos psicológicos ó trazar acabados retratos de los personajes que intervienen en la acción.

Recordemos, como ejemplos admirables de tales obras, Los anticuarios *(una de las mejores novelas publicadas en los últimos veinte años)*, Los inadaptados, La malcasada, Los espiritados.

La señora de Burgos cultiva también la crónica periodística, el ensayo literario, la crítica, el cuento.

Desde sus primeros trabajos, publicados en los diarios y revistas de Andalucía (tierra natal de la ilustre escritora), hasta La nostálgica, *¡qué enorme labor de muchos años y de cada instante! ¡Qué generoso y fecundo desbordamiento de uno de los cerebros más poderosos y de una de las sensibilidades más exquisitas de nuestra época, sobre las cuartillas!*

Carmen de Burgos no ha reconocido la tregua ni el reposo, bien ganados por otra parte. Alternando las tareas pedagógicas con las literarias, formaba el espíritu de las futuras maestras normales y realizaba el milagro de tener talento cada minuto y de expresarlo en los periódicos, en las ediciones de librería, en el arte—subalterno, pero arte al fin—de la traducción.

La lista de las obras de la insigne polígrafa llenarían dos ó tres páginas de este fascículo. La selección en los muchos comentarios hechos á esta tarea incesante y superada sobre sí misma, sería difícil por lo copioso de cuanto la crítica ha dicho de ella.

Y, no obstante, Carmen de Burgos, alejada de los contactos multitudinarios, ajena voluntariamente á los sitios donde se fraguan los triunfos fáciles y las reputaciones adventicias, no se cuida de lo que hasta ahora hizo, ni de lo que hasta ahora se escribió en su legítima alabanza.

Continúa escribiendo con el fervor juvenil, con la pródiga exuberancia de siempre, sin volver la vista

hacia atrás, ávida de ese ansia de horizontes nuevos que han hecho de ella una viajera y una rebelde.

Porque bueno será repetir cómo la obra general de Carmen de Burgos tiene, entre tantas virtualidades éticas y estéticas, la condición de ser producto de una insatisfecha del mundo actual y de una gran inquieta á la que no vencen los instintos sedentarios.

Alejada temporalmente de España, la señora de Burgos reside en Portugal, la nación tan grata para ella. Escribe frente al mar y en la calma feliz de un retiro agreste. Sus libros van naciendo con una suave y serena ponderación que marca la plenitud aliada con el reposo y la soledad.

LA NOSTÁLGICA

I

SENTÍA Manuel ansia de ser feliz. ¡Estaba tan bello, tan acogedor, Madrid en aquellos días abrileños! Tan madrileño era que le gustaban hasta los defectos de su tierra natal.

—En Madrid lo tenemos todo—solía decir—, hasta el placer de que nos dé motivo para hablar mal de él constantemente.

Hallaba exagerado el que su mujer repitiera la frase de que había «ocho meses de invierno y cuatro de infierno». Joven, fuerte y sano, sobrellevaba muy bien el clima y negaba que tuvieran que estar helados ó asándose siempre.

Por eso era de los médicos que rara vez mandan salir de Madrid á los enfermos. Sólo, en ocasiones, á los que no eran castellanos.

—Nosotros—decía—tenemos el corazón y los pulmones vigorosos; la Naturaleza, que da tan hermosas pieles á los animales del Norte, nos dota de órganos bien desarrollados. Un madrileño puede aclimatarse en todas partes del mundo.

Aquella tarde paseaba á la ventura, sin rumbo fijo, queriendo sentir aquella impresión inefable de sumergirse en un baño caliente que le daba Madrid cuando se le entregaba. Quería respirar la frescura de los árboles, de las plazas húmedas, del agua cantarina que rezumaba por todas partes; pero se sentía triste.

Era el suyo un paseo un poco de desesperado, del que huye de un hogar triste y obscuro, entenebrecido por el malestar de su esposa.

Y precisamente era aquel el día que se cumplía el cuarto aniversario de su casamiento.

—¡Cuatro años ya!—pensaba—¡Cómo pasa el tiempo!

Había sido un noviazgo corto el suyo. Rosa era madrileña también, pero no se conocieron hasta un día del Corpus, que él salió con varios amigos, estudiantes del último año de Medicina, á hacer de *encerradores* de la muchacha más bonita que pasease la mantilla por la calle de Alcalá.

Era empresa difícil elegir. Si una era bonita, otra lo era más. Al fin siguieron á una graciosa rubia, que no se cansaba de correr estaciones, como si quisiera poner á prueba su resistencia. Entró al fin en una casa de la calle de Campomanes, entre un coro de piropos, y se quedaron un poco desconcertados al verla desaparecer.

—Parece que nos ha apagado la luz al irse—dijo un andaluz.

Miraban todos á las ventanas, esperando que se iluminaría el hueco de algún piso con la cabellera dorada.

Pero la que había en la ventana era una morena de cabellos negros, ojos enlutados y labios de púrpura, que hizo exclamar á otro:

—Pues aquí la noche es más hermosa que el día.

—Es que tiene luceros que lo alumbran todo.

Manuel nada dijo, pero fingiendo prisa se llevó de allí á los amigos, se despidió y volvió á pasar. Rosa seguía en la ventana. Estuvo él como un poste en la plaza de Isabel II, hasta que ella se retiró Había recibido *el flechazo*.

Pero no lo cegó el amor para casarse sin enterarse bien antes de quien era la novia. Hija de un juez, ya jubilado, y de una señora de virtud ejemplar, emparentada con familias aristocráticas, gozaban de regular fortuna, y Rosita era una niña juiciosa y seria, quizá demasiado seria para sus años. No tenía amigas, no salía más que con su madre, no se le conocían chicoleos. Manuel, cada vez más entusiasmado, acabó en Septiembre su carrera y se casó.

Había comenzado á ejercer con buena suerte, estaba enamoradísimo de su mujer, ambas familias encantadas de la boda y, sin embargo, Manuel no era feliz.

Le faltaba más efusión en su esposa. Parecía que Rosa no había dejado de estar en visita; cariñosa, dulce, eso sí; pero un poco lejana á él, lejana á la casa, al medio, á la ciudad; á todo. Enferma de un mal extraño que él no acababa de comprender.

Parecía que la molestaba todo, que la cansaba todo. Y aquella extraña actitud se iba acentuando más cada día. El aspecto de Rosa era el de una mujer desengañada de todo, sin gusto para nada, sumida en una pasiva desesperación. A sus quejas amorosas respondía invariablemente:

—¡Me siento enferma!

¡Enferma! Debía ser cierto, cuando ella lo decía. Se la veía decaer de día en día, enflaquecida, pálida, triste, sin fuerzas, pero él no encontraba la enfermedad. La pulsaba, la auscultaba, le hacía toda clase de análisis, desde el de la sangre al metabólico, y no encontraba rastros de anormalidad.

Se decidió á consultar á Alfredo, el compañero en cuya ciencia tenía más fe, aunque no era el que gozaba de más fama.

—¿Qué has diagnosticado tú?—le preguntó é

—Nada. Ya sabes que los médicos, cuando s trata de los que aman, tienen esa especie de cegué ra que hace á los padres no conocer los defectos d sus hijos.

—Permíteme que te diga que no creo en eso. E médico ve la enfermedad como el padre los defectos; lo que hay es que se siente miedo á la verdad, y queremos engañarnos. Por eso vamos en busca de otros médicos ó de otras personas que aconsejen. Es lo que hacen los niños cuando juegan á la gallina ciega, y en vez de cerrar los ojos, van á que otro compañero les ponga la venda para no ver, y le piden: «Apriétame bien.»

—Será lo que quieras, pero mi mujer está enferma, la veo desmejorarse y no encuentro la enfermedad.

—Eso es más raro. Muy sano ha de estar un sujeto para que el médico no vea alguna dolencia.

Alfredo examinó á Rosa, á pesar de la oposición de ella. No tenía buena fama como médico más que entre sus compañeros, que se quedaban admirados de la rapidez de su diagnóstico, certero siempre, y de la suma de doctrina, clara y admirablemente expuesta en las consultas.

Lo estimaban sólo los verdaderos hombres de ciencia; los otros se desconcertaban ante la risa constante de Alfredo; la manera simple y humorística de presentar las cuestiones graves.

«Es poco serio», decían, y con esa frase parecían negarle la sapiencia.

A los enfermos les entraba desconfianza de un médico tan risueño. Sobre todo las mujeres, que querían ser tomadas muy en serio y que se pusiera

triste, y que les dijera que estaban gravísimas y necesitaban regímenes, cambios de clima, baños, operaciones.

Reía Alfredo cada vez más de su fama, de sus clientes y de sus compañeros. Dotado de un gran talento, de conocimientos sólidos, tenía afición al estudio y á la medicina; como su fortuna no le exigía ejercer, se contentaba con estudiar constantemente, y se apasionaba por los casos difíciles de que se encargaba.

Después de un detenido examen de Rosa, dijo á su amigo:

—Chico, te confieso que tienes razón. He visto pocas naturalezas tan sanas y pocos organismos tan perfectos como los de tu mujer.

—Entonces, ¿qué crees?

—Si te he de hablar en conciencia, que está buenísima.

—Pero esa palidez suya, ese sufrimiento, ese malestar contínuo, ¿á qué atribuirlo?

—Cualquiera de nuestros compañeros saldría del paso achacándoselo á *los nervios*, la *neurastenia*, el *surmenage*. Son cosas socorridas.

—¿Qué crees tú?

—Me parece que está bajo los efectos de una impresión moral de la que ni ella misma se da cuenta; que quiere algo que no sabe qué es. Si no te burlaras, te diría que he conocido recién casadas muy felices, muy enamoradas de sus esposos y, sin embargo, han tenido ese estado de ánimo, capaz de alterar su salud.

—¿Y á qué lo atribuyes?

—A nostalgia de su soltería. De su libertad íntima, de su habitación cerrada y su lecho solo. De perder de vista al novio que entró de visita y no se va nunca.

—Esas son tus teorías arbitrarias.

—No lo niego, porque en nada científico las fundo. Son teorías á las que le falta la puntuación. Y «la puntuación es muy importante», le oí decir un día á cierta profesora de gramática, que pensaba que si no se pusieran puntos y comas en un párrafo, los lectores se asfixiarían sin poderse detener para tomar aliento.

—Eres incorregible. Lo que deseaba decirte es que esas mujeres que sienten nostalgias de su soltería no aman á sus esposos.

—Error. Los aman, los aman, y hasta tiene su parte de culpa el amor. Hace á los hombres pesados, emplastos, demasiado acariciadores, y las pobres mujeres se empachan, se ahitan y se ponen como los gatos, que se encanijan de demasiado mimados.

Aunque Manuel no se dió por convencido, pretextó la necesidad de un viaje para estar un mes fuera y dejar á Rosita en su casa de soltera, con sus padres.

Pero á los pocos días Rosa había vuelto á su casa. Sentía la necesidad de preparar las cosas para la vuelta de su maridito. Le escribía tan contenta, tan animada, que Luis pensaba que su amigo tenía razón.

—Es un sabio—se decía—. Verdaderamente, debía ocurrírsenos á todos que por mucho que dos personas se amen, necesitan estar á solas consigo mismos de vez en cuando.

A su regreso encontró á Rosa más pálida, más débil, más enferma. Su suegra explicó:

—Durante tu ausencia ha estado insoportable, cada día más triste, inapetente, disgustada. No sé qué le pasa.

Y el suegro atajó:

—Exceso de mimo. Lo que le hace falta es un chico para entretenerse.

Manuel también lo creyó, y tuvo una gran alegría con el anuncio de que nacería un heredero.

Durante todo el tiempo de la gestación, Rosa estuvo en cama presa de dolores, vómitos y calambres. El alumbramiento estuvo á punto de matarla; no tuvo leche para criar al niño, que, hijo de padres morenos, era rubio, blanco y rosado, como uno de esos angelitos de miniatura.

Cuando se levantó del lecho, Rosa apenas podía andar. Estaba hermosa con la palidez que daba un tono mate á su tez morena; se delineaban las facciones de un dibujo correctísimo, con su nariz, como un canutito de plata, y su perfil perfecto, de medalla clásica. Los labios, empurpurados con el lápiz, tenían algo de flor de adelfa en búcaro de alabastro. Su rostro era sólo ojos, agrandados en la demacración y la palidez. Parecían tener una luz caliente, que amortiguaban las largas pestañas arqueadas, negras, espesísimas, que ponían sombra á sus mejillas. Estaba delgada, como si se virginizase, pero no flaca; tenía una gracia de línea fina y carnosa, como estatua vaciada en turquesa clásica. Los movimientos cadenciosos y lánguidos, la melancolía de los ojos febriles, el aire de criolla perezosa, enamoraban cada vez más á su marido.

Hizo que la vieran todos los especialistas de diversas enfermedades, buscando el origen del mal. Todos le recetaban, pero le decían lo que ya había previsto Alfredo: «Desequilibrio nervioso, neurastenia. No tiene importancia.»

Rosa seguía con su «pasión de ánimo», como decía la gallega encargada de amamantar al niño. Apenas se distraía con él, ni se ocupaba de nada espontáneamente. Lo hacía todo de un modo automático, sin alegría, como si cumpliera un deber.

Manuel sentía la atmósfera entristecida del ho-

gar sin risas, sin cantos, sin alegría, sin la actividad de una mujer que lo animara.

No podía acostumbrarse á la melancolía y la pereza de Rosa. Convencido de que no estaba enferma, sintió que se apoderaban de él unos celos locos.

Vigiló, acechó, espió. Rosa no trataba á ningún hombre asiduamente, no tenía amigas íntimas, no había nada en su conducta que justificara los celos.

Pero los celos habían prendido. No teniendo cabida en el presente, se hicieron retrospectivos. ¿Habría algo que él no conociese en el pasado de su mujer? Quizá un gran amor, quizá un gran desengaño.

Sentía al par miedo de descubrirlo y deseos de conocer la verdad.

Preguntaba arteramente á la suegra:

—¿En qué calle nació Rosa?

—En la de Serrano.

—¿Vivieron mucho tiempo allí?

—Hasta que tenía seis años.

No había nada que buscar por el lado ese.

—¿En qué colegio estuvo Rosa?—preguntaba otro día.

—En ninguno, no se ha separado de mí.

—Pero tendría maestros.

—Sólo una profesora.

—Saldría con ella.

—No la he dejado nunca.

Suspendía las preguntas para no venderse, pero al otro día continuaba:

—¿Y dónde fueron á vivir ustedes desde la calle de Serrano?

—Al General Castaño, para estar cerca de la Casa de Canónigos, hasta que se jubiló mi esposo, que nos fuimos á Luchana.

—¿Qué edad tenía Rosita?

—Ya tenía doce.

No se podía buscar aún por allí tampoco.

Indagó otro día:

—¿Vivieron ustedes mucho tiempo en Luchana?

—Seis años. Después nos fuimos á Campomanes, donde nos has conocido tú.

Era en Luchana y en Campomanes donde había que investigar. Pasaba por Luchana y entraba en la portería con pretexto de hablar por teléfono. Con grandes propinas hizo amistad con los porteros de las dos casas. Hablaba con ellos, y á veces se iba sin pronunciar el nombre de su mujer. Ellos le preguntaban siempre por la señorita. ¡La querían tanto, no la podían olvidar!

—Es una mosca blanca entre estas niñas de ahora—decían.

—Tan modosita siempre.

—Y tan seria.

—Ella ni descotes ni tonterías.

—Ni visajes por la ventana con nadie.

—Las cartas que hemos tenido que devolver, sin que las abriese siquiera.

Le agradaban y le desesperaban aquel coro de elogios. Hubiera querido saber algo.

—Tendría algún novio esa muchacha.

—Ca, no, señor, y eso que á su mamá, doña Matilde, no le desagradaban algunos.

—¿No han viajado ustedes?—le preguntaba al suegro.

—Sólo un verano, á Fuenterrabía, para que Rosa viera el mar.

—Se divertirían ustedes mucho, tan cerca de San Sebastián.

—Tuvimos mala suerte. Rosita se impresionó tanto con el mar que se le pusieron los ojos malos. No es ella la primera á quien le pasa ese fenómeno.

Pero la pobre tuvo que estar metida en un cuarto hasta que nos volvimos á Madrid.

—¿No han ido ustedes al extranjero?

—No.

—Tendré que llevar yo á Rosa.

—Me temo que os empecéis á cargar de hijos, y entonces ya no podréis vivir para vosotros.

—No lo creo.

—Me alegraría de que se divirtiera. En casa se ha divertido poco. Su madre y yo ya somos viejos, y ella, con ese carácter tan tranquilo, no nos ha impulsado.

—Dice que no ha visto un baile.

—Verlo, sí. Estuvimos, el año antes de casaros, en el de Bellas Artes como cosa de una hora, para que viera aquello, pero sin soltarse de mi brazo.

—No sabe bailar.

—Jamás quise que aprendiera. Mientras yo mandaba en ella, no dejé que nadie la cogiera la mano y la cintura en esa soba del baile.

—Exagera usted.

—Yo creo que no. ¿Qué diríamos si cualquiera, de pronto, le cogiera la mano á una mujer ó la enlazara por la cintura? Una indecencia. Y al son de la música ya está bien. Eso no entra conmigo; soy del antiguo régimen. En mi casa ni bailes, ni reuniones, ni cachupinadas. Por fortuna, Rosa no nos ha dado tormento. Se la he entregado como es debido... Ahora tú puedes hacer lo que quieras.

No, no había nada, ningún indicio de lo que él temía. Tenía ya casi la seguridad de todo el pasado diáfano de su mujer. Pero sus celos aumentaban.

—Sin duda, alguna pasión secreta, ignorada de todos, quizá hasta de *El*, pero que la mata lentamente, la consume, minaba su alma. Esto es peor que todo.

Le hacía preguntas á Rosa de sus amigos, de

sus pretendientes, de sus admiradores, y no conseguía saber nada.

Ya, en su afán de interrogarla, le preguntaba todo; los libros que había leído, las flores que le gustaban, la música que prefería.

Resultaba que Rosa no tenía complicaciones espirituales ni en el presente ni en el pasado.

Nada que justificara la pseudo enfermedad que padecía.

Aquel día, cuarto aniversario de su matrimonio, había suprimido la consulta para dedicárselo por entero y celebrarlo con la comida familiar por la noche y el té á los amigos por la tarde. Sentía más agudamente la frialdad de la casa, el apartamiento de la esposa.

Se le había ocurrido una idea terrible.

—Quizá Rosa no ha amado á nadie, ni me ama á mí tampoco. Tal vez espera; siente la nostalgia del amor.

Hubiera sido tan feliz llevándola allí á su lado, apoyada en su brazo, alegre, bebiendo juntos el encanto de Madrid.

—Tal vez no he hecho todo lo posible para conquistar su corazón, para prender en ella todo el amor que yo siento. Es preciso que yo la enamore, que me haga querer. Me aterra el pensar que se cruzara otro amor por mi descuido. Sería capaz de matarla y darme un tiro. No quiero ni pensarlo.

II

Había llegado á su casa dispuesto á echarse á los pies de su mujer y hacerle un madrigal.

—Nos quejamos de que las mujeres son románticas y quieren que el esposo sea el eterno trovador. ¿Por qué no serlo? Son tan delicadas, tan bellas, tan buenas, que bien merecen el esfuerzo de satisfacer su espíritu conquistándolas todos los días.

—La señora tiene visita—le dijo la doncella.

—¿Quién es?

—La señorita Julia.

Quedó desagradablemente sorprendido. No le gustaba la asiduidad de aquella amiga. Entró en su despacho, atravesó el laboratorio y fué á situarse en la puerta de la alcoba, que daba al gabinete de su mujer. Desde allí vería y oiría todo lo que pasase. Había cerrado con llave las puertas para que no le sorprendiesen, y, á pesar de la vergüenza que le producía el escuchar, sus celos lo mantenían en su puesto de observación.

Era alta, muy alta, Rosa. Una buena moza cuando estuviera más gordita; pero al lado de la amiga parecía un muñeco. Era grandota como una montaña la *Juliaza*. La conocían todos por aquel nombre, á causa de una ingenuidad suya. Antes de ella

le llamaban *Julita*, á pesar de sus años, de su mole y de su barba.

Pero ella, que se la echaba de difícil, contó por qué había reñido con su novio:

—Figúrense ustedes que un día recibo una carta de cinco pliegos, escrita en letra menudita, que comenzaba así:

«Mi querida Julita (no sé por qué te pongo *Julita*. *Juliaza* te había de poner.»

Y yo no seguí leyendo todo aquel cartapacio, como si me fuera á examinar de lectura de manuscritos. Me atacó á los nervios eso de *Juliaza te había de poner*, y no quise verlo más.

Las primeras veces que le llamaron Juliaza se enfadó.

—A ver si van ustedes á abusar así de mi confianza.

Pero nadie hacía caso de sus quejas. Todos la llamaban Juliaza, y ella acabó por responder:

—Lo que más me indignó—decía—no es lo de Juliaza, sino lo de *te había de poner*.

Estaba allí sentada enfrente de Rosa, como una montaña de carne que no cabía en el sillón, vestida con un traje claro, las piernas al aire y fumándose un cigarrillo. Rosa estaba indolente, envuelta en su bata clara, como olvidada de la fecha y de que iban á llegar los invitados al té. Le hubiera gritado de buena gana:

—¡Vístete ya!

Pero quería oir; Juliaza hablaba de modas, del premio en las carreras, de un amigo suyo que había comprado un lobato á un gitano en la Castellana y lo tenía en su cuarto, como si fuese un perrillo.

Iba ya á mostrarse, convencido de la inutilidad de su acecho, cuando la criada anunció:

—La señorita Joaquina.

Esta entró como un rayo.

—Me voy. No moverse. He recibido la invitación al té, y vengo á decirte que no puedo venir.

—Ya estás aquí.

—Pero no me puedo quedar. Mira cómo vengo.

Se entreabrió el abrigo de entretiempo y se quitó el sombrero.

—¡Pero, hija, sin corsé!

—¡Y sin peinar!—exclamaron las dos amigas.

—Si... sin ganas de nada.

—¿Qué te pasa?

—Estoy muy aburrida, muy desesperada...

—Vamos, confesión tenemos—dijo Juliaza—. Me marcho y volveré á la hora del té.

—Si es por mí, no te vayas. No diré nada.

—¡Qué ha de ser por ti, criatura! Me gustaría oirte. Es que tengo prisa.

—Como todas decís que soy tonta: «Joaquina es tonta, es tonta», me lo vais á hacer creer.

Intervino, bondadosa, Rosa:

—¡Qué has de ser tonta!

—¿Verdad que no? Soy buena. No sé callarme las cosas, y por eso me decís tonta.

Julia se había levantado y se ponía el sombrero frente al espejo, luciendo su corpulencia de giganta.

Se acercó á Joaquina y le empujó el vientre, que lucía redondo y abultado como las de las mujeres de Boticelli, y que se agitó con un temblor de calambre.

—¿Ves qué barrigota tienes? Mira, Rosa: está blanda; parece el buche de un pollo lleno de agua. ¡Una mujer tan guapa, y se deja así!

—Es que no tengo humor de nada. ¡Si vieras lo que sufro!

—Ya me lo contarás. Será alguna tontería.

Le dió un sonoro beso de chasquido y salió riendo.

—¿Lo ves?—preguntó Joaquina á Rosa—. En siendo cosas mías, nadie las toma en serio.

—Yo sí. Cuéntame.

—No puedo soportar á mi marido.

—¿Qué te hace?

—Nada.

—¿Entonces?

—¿Te crees que no es eso bastante? ¡Un hombre que no se acuerda de mí para nada!

—¿Se pasa el tiempo fuera de tu casa?

—No. En eso es muy puntual; no falta jamás á comer; hasta en eso es demasiado exigente. Cuando llega ha de estar la comida en la mesa. Como tiene la oficina...

—Entonces, es natural.

—Quiere tenerlo todo militarmente. Me pide cuentas de dónde salgo, de qué hago...

—¿Y no se ocupa de ti?

—Para fastidiarme. Para prohibirme ir con mi familia. Porque dice que me maltratan y me sacan el dinero... En eso tiene razón.

—¿Cuál es tu queja?

—Eso, que no se ocupa de mí..., así..., para hablar un rato..., para leer un libro, para llevarme unas flores. Me mira como á una criada. Ni yo sé lo que hay en casa ni lo que no. El da para la plaza. No soy la dueña.

—Culpa de tu frivolidad.

—Y tú comprende que soy joven. A él, nada que me pongo le gusta. Siempre me encuentra mal.

—Si estás chancletosa, á juzgar por como vienes.

—No, que me emperejilo y estoy muy guapa. Voy por la calle y todos me dicen: «¡Qué mujer!» «¡Vaya una hembra!», y mil barbaridades. Está mal que yo lo diga; pero si yo quisiera...

—Encontrarías muchos hombres dispuestos á divertirse.

—¿Por qué no á amarme?

—Porque para amar se necesitan estimación y respeto.

—No me los tiene mi marido; me dice cada cosa.

—Pues aun así es preferible al amante. El te quiere, te respeta, te ampara, pobre Joaquina; ¡qué desengaño tendrías el día que quisieras poner á prueba á uno de esos enamorados callejeros! Ninguno haría por ti lo que tu marido.

—Eso sí, cuando estuve mala no me faltó ni la leche de las hormigas. El me cuidó, me llevó los mejores médicos. Se gastó un caudal.

—¿Lo ves? Y á ti no te satisface eso, que es lo fundamental; quieres lo frívolo.

—Es que soy joven y...

—Te han dicho demasiado que eres guapa. No seas niña. Apégate á tu marido; procura que no vea en ti una extraña. Sacrifícate un poco y verás cómo sois felices. ¡Quien lo tiene todo en la vida!

—¿No lo tienes tú?

—Casi.

—Pero no del todo.

—Manuel es buenísimo y de nada me puedo quejar.

—Pero tú siempre estás triste, siempre estás enferma. Se diría que no eres feliz.

—No lo soy.

—¿Entonces?

—Pero eso es una cosa independiente de mi marido.

—¿Tu enfermedad?

—Estoy buena... Es una cosa rara que me pasa. Siempre he sido así. Desde niña. Descontentadiza. Me falta algo que no sé lo que es. Tengo un vacío

que no llenaron mis padres, ni mi marido, ni mi hijo.

—¿Te han contrariado alguna pasión?

—No he amado más que á Manuel.

—Pues no te entiendo.

—Ni yo tampoco. Lo tengo todo y sin embargo estoy triste, disgustada, ansiosa. Es inexplicable; pero te aseguro que á veces me dan ideas de quitarme de en medio.

—Como yo. Si no fuera porque me marcho á Royalti todas las tardes y me distraen las películas, ya me había tirado por el Viaducto.

Sonrió Rosa, arrepentida de haber hablado con aquella criatura frívola que no la entendía.

—Voy á vestirme—dijo—. Tenemos fiesta.

—Te iba á preguntar que por qué.

—Hace cuatro años que nos casamos.

—¡Ay, hija! Pues á nosotros se nos pasa el día sin acordarnos siquiera. No te digo que mi marido es un hombre sin delicadeza. Es especial..., especial y fuera de abono. Me marcho.

Mientras Rosa la acompañaba á la puerta, él retrocedió y se fué á su despacho. Iba contento y desconcertado con las confesiones de su mujer. Experimentaba el miedo y el deseo de encontrarse con algo terrible, y siempre le salía al paso la prudente sensatez y la dulzura con que Rosa lo hubiera hecho feliz sólo con mezclar á ellos un poco de alegría.

Ella no podía quejarse de aquella falta de atención que achacaba á su marido Joaquina, pero así y todo renovaría sus cuidados de novio. Le haría el amor á su mujer. Era cosa que no había de costarle trabajo, porque estaba enamorado de ella. Le parecía cada vez más hermosa y más interesante. No volvería á tomarla como cosa de su propiedad. La merecería en cada abrazo.

Como ya comenzaban a llegar los invitados, Manuel se dirigió al salón. La casa tenía ese aire un poco hostil y endomingado de las casas en fiesta. Parecía perder su intimidad.

Las criadas andaban por todas partes, colocando muebles, cortinas y flores, retocándolo todo, como si los despertasen de un sueño y los pusieran compuestos y alineados para recibir. Había en la cocina una revolución de cacerolas, de viandas por medio. Se iba todo almacenando en el comedor, pronto á ser servido en la comida, que iba á reunir á toda la familia para celebrar la dichosa fecha de su enlace.

¡Y, sin embargo, no eran felices! No habían pasado aún del día de la boda, para tener mayor intimidad espiritual. Se había sentido más en su hogar, más casado, en sus aventurillas de estudiante con las muchachas alegres que encantaron algunos meses de su vida, que en su casa con su esposa.

El salón estaba lleno de gente, y Rosa no aparecía. Una criada vino á llamar á Manuel.

Rosa lo esperaba en su gabinete. Estaba de pie, delante del espejo, que reproducía su hermosa figura. Tan alta, tan pálida, con una palidez que daba á su color moreno un tono de ópalo; vestía un traje azul, que hacía resaltar su morenez aristocrática. Sabía *hacerse la figura*, evitando ese tono agrio y ordinario que da lo rojo á las morenas.

No había sido poco trabajo el elegir y el vestirla y peinarla. Llevaba ya una hora apurando la paciencia de su doncella para decidirse por la fajita más ligera, que diera mayor flexibilidad á su cuerpo, y quitándose y poniéndose trajes, haciendo y deshaciendo el peinado, cambiando de zapatos, antes de resignarse con aquel tocado.

Sobre su hermoso descote lucía un espléndido collar de perlas.

Al ver á su marido, se adelantó á él con su sonrisa melancólica, y le dijo tiernamente:

—Gracias, Manuel, gracias. ¡No sabes cuánto te lo agradezco! ¡Es precioso!

Se volvía hacia el espejo, moviendo su collar.

—¿Te gusta?

—Muchísimo... Y más aún tu delicadeza. Cada año te superas en tus regalos.

—Porque cada año te quiero más.

—Y yo á ti.

—Demuéstramelo.

—¿Cómo?

—Dejándome besar el collar... puesto.

Se inclinó y besó á su esposa en la garganta con un beso largo y apasionado. Ella escondió su rostro entre los abundantes cabellos de su marido.

Cuando él se alzó, Rosa tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Lloras?

—No... No sé... Una rara emoción. Esta sensación que me aflige en los momentos felices, como si me faltara algo.

—¡No me quieres, Rosa!

—Sólo esto me faltaba, que dudaras de mí.

—No es eso.

—Sí, lo veo... Estás siempre descontento.

—Porque te veo sufrir.

—Y no es nada agradable una mujer que sienta plaza de enferma. Lo comprendo.

—No seas injusta. Vamos al salón, que los amigos esperan.

—Bonita cara llevaré yo con estos disgustos.

—Estás divina.

—Cursi.

—No blasfemes. Tu traje es del mejor gusto.

—Pero no le va bien la luz esta. Se le cambia el

color. Luciría bien á la luz de un sol claro, vivo. Tenemos siempre escasez de luz.

Manuel temía la tempestad que suscitaba el mal humor de su esposa.

—Te espero en el salón.

En cuanto ella se quedó sola, rompió á llorar.

—¡Mucha hipocresía! ¡Muchos regalos y muy poca ternura! Me ve que me ahogo, que me falta luz, y no me hace caso. No se fija en mi espíritu. No le importa nada... ¡Y estas perlas! Ahora, que hay imitaciones tan perfectas y tan baratas, creerán que éstas no son buenas. Como no somos millonarios. Es un fastidio un collar de perlas. A mí me gustan los corales más que las perlas. Las piedras preciosas de color. Tengo ansia de luz, de color; y tendré que soportar estas perlas, blancas, frías.

Una voz disminuída, con tono de voz de máscara, que imita á un niño, dijo:

—Se puede.

Apareció en la puerta Manuel con su hijo en brazos. El niño, vestido de blanco con lazos azules, estaba hermosísimo. Era una belleza de cromo, un poco abocetado, con la carne lechirrosa, los labios encendidos, los ojos azul de ojo de gato y los cabellos del rubio de oro que se incrusta en las miniaturas.

Tendió hacia ella las manecitas, más anchas que largas, exclamando:

—Mamá. Mamá.

—¡Vaya un golpe de efecto!—exclamó ella, de mal humor—¿Para qué traes ahora al niño?

—Para que vea lo guapa que está su madre.

—¡Qué sabe él de eso!

—Vaya, si sabe. Es un hombrecito.

—Y por cierto que Nicolasa es idiota. Le ha colocado lazos azules, sabiendo que yo me he puesto

el vestido azul. Así parece que mi hijo es un manguito ó una sombrilla para rimar con mi tocado.

—Mandaremos que se los cambien.

—Hay que estar en todo.

—Pero mira qué guapo está.

—Demasiado soso el vestido, demasiado claro... ¡Pobre hijo!

Lo abrazó con lágrimas.

—¿También el niño te entristece?

—Claro. Los hijos, desde que nacen, son motivo de inquietud. Si están malos...

—Por fortuna, está bueno.

—Se puede poner enfermo.

—No es fácil.

—Parece imposible que seas médico. No es fácil. Si viviéramos en otro clima, en un país de más luz y más sol. Pero aquí.

—Voy á llevárselo á Nicolasa, y vendré á buscarte.

—No. Yo iré sola. No es cosa de hacer una entrada triunfal, luciendo mi collar y mi marido.

—¡Qué cosas dices, Rosa!

—¿Te he ofendido ya?

—No...

—Apenas me tengo de pie. Estoy haciendo un esfuerzo. Me siento mal.

—¿Pero qué tienes?

—No sé. Angustia. Falta de aire. Ganas de llorar.

—¡Niña mía!

Rosa rompió en sollozos, y el niño, asustado, le hizo coro.

—Vamos, vamos. Tranquilízate. Pueden creer otra cosa.

—Tienes razón. Es una estupidez esto. Se me habrán estropeado los ojos.

—Un poco.

—No es cosa de salir así.

—Estamos faltando demasiado.

—Llévate al niño. Me tranquilizaré mejor sola. Necesito lavarme los ojos.

—Como quieras.

Apenas habían salido, ella corrió á la puerta.

—Manuel. Oye.

—¿Qué?

—Que le quiten al niño esos terribles lazos *asorties*, que le pongan rosa fuerte, rojo. Algo que lo anime.

III

El salón, lleno de gente, formaba un bello conjunto.

—Se ve que eres un doctor favorito de las damas —dijo Alfredo á Manuel—. A mí no me quieren.

—Pues no creas que soy de los que las adulan.

—No les recetas nada que les pueda hacer daño.

—Claro que no.

—Eso basta para curar á los sanos, y la mayoría de ellas sólo vienen buscando en el médico un mimo, una atención, que escuche sus quejas y aconseje á la familia que las cuide y las considere.

—¡Pobres mujeres! ¿No obedece eso á un deseo espiritual apiadable?

—Desde luego.

—Pues convén conmigo que merecen que no se las defraude del todo.

—Cierto.

—Y tú te ries. No las tomas en serio.

—No es eso. Me suele hacer gracia lo contentas que se ponen cuando se les dice que están gravísimas, la resignación con que aceptan los regímenes más penosos y la afición que demuestran á sufrir una operación difícil. Me río, pero las tomo en serio, riendo.

—Te confieso que algunas se me han quejado de ti.

—Hasta me han tachado de loco. Un médico que ríe es una cosa rara. No llega jamás á tener el prestigio de los hombres serios... Pero yo creo que la risa (y esto no lo digo por mí) es signo de superioridad. Ningún animal ríe.

—Ni los dioses tampoco. Fíjate que en todas las teologías se encuentran momentos en que lloran, pero no ríen jamás.

—Pues yo, pudiendo elegir entre la divinidad y la risa, me quedaría con ella. Es la mejor higiene del cuerpo y la mayor felicidad del espíritu. ¡Pobre de la casa en que no hay risas!

—Eso es verdad. La mía es un ejemplo.

—¿Continúa con su melancolía tu mujer?

—Siempre.

—¿A pesar de su maternidad?

—Sí. Yo había creído que un hijo llenaría el vacío de mi casa, que la alegraría, que la distraería. Pero nada de eso. Parece dotada de un espíritu de contradicción. Hay momentos en los que me parece perversa, amiga de hacer sufrir.

—No creas eso. Verdaderamente hay en ella una inquietud extraña...

—Mira lo que acaba de sucederme hoy.

Manuel le refirió la escena qc acababa de tener con su esposa.

—En verdad, es extraño—dijo Alfredo—. Si quieres, voy á aprovechar este momento en que está un poco descuidada para auscultarla el espíritu. Hay enfermedades que se agarran al hígado espiritual ó al cerebro del espíritu. En eso yo creo en el cuerpo astral, doble, impalpable, que se infiltra en el cuerpo físico con sus mismos órganos invisibles.

Lanzó una de aquellas alegres risas suyas, que

lo desacreditaban como hombre de ciencia, y se acercó al grupo donde estaba Rosa.

La belleza de la esposa de Manuel triunfaba en el salón, donde había mujeres jóvenes y guapísimas. En aquel momento hablaban con ella un anciano diplomático, gran conversador que conservaba las fórmulas corteses de los señores del siglo diez y nueve; Juliaza, y una condesita que se las daba de enterada de todas las novedades aristocráticas y hablaba continuamente de enredos ó de elegancias.

Alfredo se dirigió al grupo.

—Aquí está usted *deplace*—dijo la condesita—. Un hombre de ciencia no sabe de modas.

—Permítame usted que le diga que la moda es también una ciencia. Además sabemos admirar.

—Hablábamos del traje de Julia. Ella cree que es un modelo original, y la han engañado, lo han lucido ya la Cienfuegos y la Valdetila.

—Eso no le impide estar bellísima.

—Es que en este caso no se puede usar ese verbo que confunden los extranjeros con el que ahora corresponde. Tiene que *estar* siempre bella porque *es*.

—Sin embargo, hay que advertirle que se va poniendo un poquito gruesa.

—¡Por Dios, doctor!—exclamó Julia—. Envenéneme usted, pero deme algo para adelgazar.

—¿Para qué? Así como la obesidad representa mal estado de salud, el estar gruesa, con la fuerte lozanía de usted, es una cosa agradable. Predispone á la alegría.

—La moda es estar delgadas.

—Y hasta flacas. Ya lo sé. Pero crea que á pesar de la moda, el éxito sincero no es para los huesos. El esqueleto no es una forma amable de la belleza.

—Cierto—afirmó el diplomático.

—En los modelos de la belleza clásica no apare-

cen las mujeres flacas—siguió él—. No se comprende una Venus griega huesuda ni una matrona romana esquelética. Hasta los senadores, tan nobles entre la envoltura de la toga, eran todos hombres fuertes. El tipo alámbrico es de la decadencia. A mí me hacen reir ya las togas en el tipo actual, como me harían reir las armaduras de acero en un sietemesino moderno.

—Es que usted es un Sancho que se ríe siempre —dijo la condesita.

—Pues precisamente á Sancho le sentaría la toga mejor que á Don Quijote—respondió él.

—¡La Caraba!—exclamó ella.

—¿Usted también lanza esa exclamación popular?—dijo, algo escandalizado, el diplomático.

—Está de moda. Lo dice continuamente la duquesa de Archimira, grande de España de primera clase y descendiente de reyes.

—El marido—saltó el diplomático, ya en su terreno.

—Pero en esa familia—repuso ella—no sólo el hombre hace noble á la mujer con quien se casa, sino que la mujer ennoblece al marido.

—Sí, sí, ésta lo ennoblece bien. Dicen que toma cada turca.

—Sí, últimamente ha dado escándalos terribles en Jerez con un ganadero.

—Usted nada dice, señora—dijo Alfredo á Rosa.

—Oigo.

—Pues me gustaría conocer la opinión de usted sobre la moda.

Se sentó á su lado y comenzó á hablarle de los colores y de las cosas triviales de la moda, mezclando sus palabras con risas, en el más completo olvido de la medicina. Rosa, engañada por aquella sencilla frivolidad, se animaba á contarle sus preferencias.

Mientras, el diplomático y la condesita seguían sus murmuraciones aristocráticas, que escuchaba Juliaza con un encanto de plebeya. Pasaban revista á todo: la tasación de la colección de encajes que dejaba al morir la marquesa de Maestresala, y que no tardarían en vender los hijos, la boda de la heredera de Gaulasar con el barón de Picicato, sacando á relucir todo el parentesco de su ascendencia y de las ramas de la familia.

—Ella es una Monreal, por la madre—decía con cierta admiración la condesa.

—¡La pobre Adelia!—contestaba con amor el diplomático, como si evocara un recuerdo dulce de la linajuda señora.

Manuel se ocupaba de sus convidados, que parecían olvidados por Rosa. Era él quien iba de un grupo á otro, haciendo los honores. La cortesía moderna no hacía ya necesaria la asiduidad de la dueña de la casa. La moda admitía como gracia la mala educación. Hermosas señoras mordían á boca llena los *sandwiches* y desgarraban el jamón con las uñas. Algunas señoritas habían pedido les llevasen cerveza, y el eco repetía con frecuencia exclamaciones privativas hasta entonces de los duques del arroyo.

De vez en cuando los ojos de Manuel buscaban á su mujer, muy distraída en la conversación de Alfredo. La risa de éste sonaba con frecuencia. Una risa *en a*, franca, alegre y abierta, que no contagiaba á Rosa, tan melancólica y muellemente recostada en su sillón, con una voluptuosidad de cubana.

Al fin Alfredo vino á buscarlo.

—¿La has auscultado ya?—preguntó Manuel, queriendo disimular su emoción con la broma.

—Sí... Y te confieso que estoy algo desconcertado. No hay duda de que tiene un padecimiento moral, una ansiedad en su fondo que no se refiere

á nada amoroso insastifecho, porque os ama á ti y á su hijo sinceramente.

—¡Qué sabemos!

—Sí. Está cierto de eso. Es inexplicable en ella. En una extranjera estaría ya resuelto el problema.

—¿Por qué?

—Porque tiene como el deseo de otra patria, de otro clima, de otro mundo. Un místico te diría que experimenta la tristeza de los desterrados del cielo.

—Algo de eso he notado yo.

—Tiene como hambre de luz, de sol, de cielo, de aire, de color, de alegrías y músicas.

—Precisamente de todo lo que rechaza.

—Porque no llega á ser lo que quiere.

—¿Qué te parece un viaje á orillas del mar?

—Iba á recomendártelo. Pero no al Norte. País meridional, de luz y de flores.

—¿Valencia?

—¡Magnífico!

IV

—¿Pero no te levantas, niña?—preguntó Manuel, que venía del cuarto de baño, ya vestido—. Estás aún como te dejé.

—No tengo ganas de moverme.

—Anda, nos esperan en la huerta para desayunar nuestra fresa con leche, y he mandado que te tengan un ramo de claveles.

—Voy.

Había más resignación que entusiasmo en su contestación. Alfredo, al oirla, hubiera pensado que en el fondo de la voz armoniosa y fresca que encantaba al marido, más enamorado cada vez, quizá por la misma dificultad de hacerla espiritualmente suya y vencer aquella rebeldías, se percibía el eco de un espíritu cansado y envejecido.

Los primeros días de la llegada á Valencia parecía que habían acertado el remedio. El cambio, el viaje, la vida de hotel, habían animado á Rosa. Estaba casi contenta. Acompañaba á su marido á todas partes. Fué una breve luna de miel, que recompensaba á Manuel de todos los sufrimientos anteriores.

Todos los días salían temprano para gozar aquellas mañanas de Mayo en la Huerta, llena de aza-

hares. Recogían la primera sonrisa, húmeda de rocío en aquella barraca, cuyo porche comenzaba á cubrir la parra. Olía el aire á hierba fresca y rosas.

Ella ayudaba á buscar los corales de las fresas, perfumados, entre el nido de hojas de las plantas.

Volvían al hotel cargados con el enorme ramo de flores, para salir de nuevo en cuanto comían. La cena era siempre fuera de casa. Ya habían escudriñado toda la ciudad. La hermosa catedral, la tradicional Lonja, las históricas torres y el hermoso museo con su tesoro de Juan de Juanes, y se escapaban á los lugares cercanos: Navajas, Sagunto, Algemesí, Algira.

Eran deliciosos los paseos de noche, cuando dejaban atrás las calles amplias, iluminadas, de grandes cafés, para entrar en los recovecos de la moruna Valencia del *Cid*, en los pintorescos alrededores de la Se, ó buscaban á lo lejos el encanto de la simplicidad del Grao, el Cabañal ó las Arenas, frente al anchuroso esplendor del Mediterráneo.

Pero bien pronto Rosa comenzó á cansarse.

—No tengo ganas de madrugar. Nos ajetreamos demasiado. Las cosas, repetidas todos los días, cansan.

—¿No te gusta el campo?

—Sí... Pero me aburre esta huerta valenciana. Es demasiado fértil, demasiado lozana. Prodiga las flores demasiado.

Otro día se quejó de las excursiones:

—Ya lo hemos visto todo. ¿A qué repetir? Parece que hemos venido por cuenta de un editor para hacer una guía de la ciudad.

Después le tocó el turno á las comidas.

—Se diría que estamos haciendo un concurso de arroces. Se nos van á llenar de arroz los sesos. Ya conocemos todas las paellas del mundo, desde

Miramar á la Albufera; y todos los arroces *á banda*, con *gigantes y enanos* habidos y por haber.

—Cenaremos en el Cabañal.

—No me gustan aquellas barracas con aquellos borrachos.

—No son borrachos.

—Pues lo parecen. Me hacen daño los caracoles y los platos canallas. Prefiero las Arenas.

A la semana de estancia en Valencia parecía que ya había agotado todo el encanto de la hermosa población. Permanecía el día entero en el hotel, con su indolente y enfermiza melancolía, como disgustada de todo.

Manuel fingía no notarlo. Evitaba el contrariarla y provocar una explicación. Salían de noche para ir á las Arenas, poco frecuentadas aún, comían en la terraza, frente al mar, y algunas veces bajaban hasta la playa.

—¿No te gusta el mar?

—Sí... Es lo que más me gusta en el mundo... Yo había soñado siempre con el mar. Pero la primera vez que lo vi me defraudó algo. No era ese el mar que yo me había figurado.

—¿Y éste?

—Se le aproxima más. Pero no sé qué le encuentro. No es el mar azul de las estampas. Sin embargo, tengo pasión por él. Me parece que estas olas vienen de otras playas y me traen recuerdos y voces amigas.

—Es raro, porque tú no has vivido á orillas del mar.

—Pues me pasa algo semejante con la Huerta, y tampoco he vivido en el campo. Me parece que esto me recuerda algo muy querido, que no es esto.

—¿Si vieras?—le dijo un día, al pasar por el mercado—. Me entristece mucho este conjunto tan ale-

gre, y, sin embargo, me gusta. Si en vez de vivir en el hotel tuviera casa, me arruinaba comprando de todo.

Se paró ante un puesto de aves.

—Mira, Manuel, cómprame esas dos tórtolas y esas dos palomas. Las pondré en una jaula en mi cuarto. Así no estaré sola cuando tú salgas.

—No tengo á nada que salir.

—Sin embargo... Me gustaría tenerlas.

—Como quieras.

Durante un par de días la distrajeron las avecitas. A las pocas horas de estar juntos, el palomo picó cruelmente á una tórtola.

—¡Mira, Manuel, qué infames bichos! Han matado la tortolita. Está chorreando sangre.

El pobre animal había perdido en pocos momentos su graciosa gallardía, y tenía aspecto de encapuchado, con los aloncitos subidos, la cabeza inclinada y la cola arrastrando.

Rosa estaba desconsolada. Fué preciso llevarse los palomos. Los miraba como unos asesinos, malvados.

—No puedo verlos. Me atacan á los nervios con esa cara arisca y esos ojos redondos y rabiosos.

Tuvo para la tórtola herida cuidados maternales. Manuel le recetó, le desinfectaban la herida, le daba de comer y de beber, y la mantuvo tres días poniéndola al sol y esperando salvarla. El pobre animalillo tenía un aspecto de pájaro muerto. No se alegraba de nada, y sus párpados transparentes, que se plegaban como un globo, cubrían los ojitos dulces y tristes. Al fin, una mañana, al sacarlo de la jaula, la cabecilla se balanceó de un lado á otro.

—Está muerto. Y lo peor es que las tortolitas viudas mueren de pena.

—Tal vez ésta no, porque ha quedado viuda sin dejar de ser soltera. Es muy nuevecita.

Le cortaron las plumas de las alas y la dejaron andar por la habitación. El animalillo, que había presenciado con miedo la tragedia de su compañero y quería picarle en la herida para curársela, sintió el aura del cariño de Rosa. Cada vez que ella la mimaba:

—¿Cómo está mi tortolita?

Le respondía con un casi humano:

—Um, Um.

Revoloteaba de contento en cuanto la veía, saltaba en su mano cuando la introducía en la jaula y bajaba la cabeza para que la sacase.

No se alejaba de su lado, se dejaba coger, permanecía horas enteras sobre su hombro ó en la espalda de la silla y esperaba para comer y beber que ella le diese en la mano la comida y el agua.

—Mira, parece que quiere hablar.

En efecto, además de su canto matinal, la tortolilla tenía aquellos sonidos articulados, que variaba según quería expresar. Para ella era la respuesta cariñosa:

—Um, Um.

A Manuel solía regañarle cuando la acariciaba tumultuosamente:

—Eg, eg.

A la camarera, que la encerraba en la jaula, la recibía con una especie de rabioso cacareo.

Rosa, encantada de su tortolita, pasaba horas enteras con ella. La acostaba en un colchoncito, la tapaba, y el animalillo permanecía allí tapadito toda la noche.

—Lo mancha todo—solía decir Manuel.

—Son granitos de trigo—respondía ella.

Le servía la tortolita de pretexto para no salir, se emperezaba acariciándola. Parecía que su dulzura y su melancolía rimaban con las del pobre animal.

Un día el dueño de la fonda le dijo

—Su tortolita es macho.

Ella se molestó. Aquel cambio de sexo alteraba las ideas ya situadas.

—No, es hembra. El palomo peleó con el macho y lo mató.

—No, señora; fué tan malo que mató á la hembrita. Los machos no cantan.

Y añadió, echándola de gracioso:

—En todas las especies, los machos son superiores en el canto.

—Menos en la humana—respondió Manuel—. Las tiples cantan muy bien.

Rosa estaba furiosa.

—Pues aunque sea macho—le dijo á su marido, cuando quedaron solos—yo lo trataré en hembra, no le diré nunca más que *tortolita*.

—Y harás bien—dijo Manuel, al que le agradaba en el fondo el infantilismo de su esposa.

Pero en algunos momentos le faltaba la paciencia para soportar la tristeza que esparcía á su alrededor.

Al cabo de la semana de estar allí, ya volvía á ser presa del extraño fastidio que la embargaba. Se negaba á salir, permanecía todo el día tendida, comía en la cama, con las dos ventanas cerradas, sin la luz que tanto había ansiado. Acariciaba á la tortolita, sintiendo el deleite del tacto en la suavidad de la pluma y el dulce calor del cuerpecillo. El animal se apegaba á ella con un cariño que le hacía exclamar:

—Mira qué brujita. Yo soy su tortolito.

Ante la ternura de su mujer, Manuel se sentía celoso. Le parecía que había un manantial de amor en el alma de Rosa que se le escapaba, que no era suyo. Aquellos paseos de noche por las Arenas ó el Cabañal, bajo el cielo opulento de Valencia, que

lucía el derroche de su oro sobre el ambiente perfumado de los jardines, en vez de alegrar á Rosa la entristecían. Era como si aquella paz, llena de poesía, se infiltrase en ella para aumentar su languidez.

Manuel no pudo disimular más.

—Es muy poco agradable para mí tu actitud, Rosa.

—¿Me reconvienes por estar enferma?

—No estás enferma. Yo soy médico, desgraciadamente.

—Y porque no sabes diagnosticar, dices que estoy buena.

—Te han visto otros muchos doctores, sabios, especialistas.

—Pues á pesar de todos ellos, me siento mal.

—Es una aprensión tuya.

—Sí, como la de aquel enfermo que el médico aseguraba que estaba muerto, y él dijo: «Estoy vivo», á lo que el doctor respondió, sin inmutarse: «Cállese. Querrá usted saber más que el físico.»

—No lo tomes á broma.

—No, desgraciadamente. Yo sufro.

—Es una enfermedad moral la tuya. No sabes lo que quieres.

—Diréis que estoy loca, neurótica...

—¿Quieres que te diga lo que pienso?

—¡Claro!

—Que tu enfermedad es fastidio de todo... De tu casa... De mí.

—¡Eso me faltaba!

—Tú sientes un vacío siempre, confiésalo.

—Sí...

—El vacío del amor que no has encontrado en mí.

—¡Te juro que no es eso!

—Y yo te he dado mi vida, Rosa.

—¡No me desesperes!

—Si no me amas, sé franca conmigo.

—¡Dios mío! ¿Por qué me dices eso?

Como él insistiera, tuvo una crisis de lágrimas, de sollozos, un ataque de nervios.

Manuel la calmó con caricias, le hizo acostarse.

—Mira tu tortolita.

Le presentaba al animalillo, que había revoloteado en torno de ellos, asustado, durante su disputa.

Se sentía feliz, en el fondo, de la enérgica protesta de su mujer al acusarla de desamor. ¡Quizá estaba verdaderamente enferma!

V

—¿De modo que nada has conseguido de tu estancia en Valencia?

—Nada.

—Y llegas á creer que está enferma, y dudas de nuestra ciencia.

—Vacilo.

—Haces bien, en lo segundo; pero ten la certeza de que está todo lo sana que se puede estar en la vida.

—Llegué hasta dudar de ella.

—Hiciste mal. Rosa te quiere. Eso no es cosa difícil de conocer para los amigos.

—Tendremos que convencernos de que es carácter suyo.

—No creo en eso de los caracteres inmutables en seres capaces de perfeccionamiento. Más bien me inclino en esas cosas á pensar que hay fuerzas que influyen sobre nosotros.

—Ella ha sido siempre melancólica. Sus padres me cuentan que no ha tenido jamás niñez ni bullicio.

—Lo habrías notado antes.

—Sí, pero ya sabes lo que es el amor.

—No ciego, por fortuna.

—Todos los defectos de la persona que nos enamora parecen galas y virtudes.

—Después de todo, la melancolía de tu mujer no es un defecto.

—Sí, porque entenebrece el hogar con su tristeza y su eterna contradicción. No tienes idea de cuánto daría yo porque tuviera tu risa, tu alegría.

—Yo había pensado en que padecía una nostalgia de sol y de aire, pero veo que me he equivocado. Recurre á los antecedentes de familia.

—He hecho cuanto he podido. Sus padres no me dicen nada.

De pronto lo asaltó un recuerdo.

—¡Como no fuese tía Dolores!

—¿Quién es tía Dolores?

—Una hermana de su padre; una señora insoportable, de la que huye toda la familia porque tiene demasiada memoria para recordar todo lo que los otros quieren olvidar, y además tiene la manía de redimir el mundo, con lo que da latas descomunales.

—Pues esa puede darnos luz.

—Iremos á visitarla.

Tía Dolores se sorprendió de verlos entrar.

—¡Gracias á Dios que os acordáis de mí!

—Nunca la olvidamos.

—¿Y Rosa y el bebé?

—Quejosas de que no va usted á verlos.

—No me gusta molestar en ninguna parte.

—Usted no molesta.

—Sí, sí, los viejos estamos de más en todas partes... Y además no me gusta salir. El mundo está desquiciado. Yo quisiera que me dejaran arreglar al mundo. Era tan fácil. Todo de todos. Pero no hay remedio. Está perdido. Los que nacimos en el siglo diez y nueve, vamos como perdidos en esta

maraña del siglo veinte. No hay ya ideales, ni fe, ni romanticismo, ni vergüenza.

—Tía, por Dios.

—Ríete. ¡Si á mí me dejaran arreglar el mundo! ¿Qué tal vuestro viaje?

—Bien... Pero Rosa está siempre igual.

—No te canses, que eso no es malo. Ha heredado el carácter de la abuela Gina.

—¿Cómo?

—Sí, yo lo he dicho siempre. «Esta niña es italianita.» De pequeña, con su tez morena, como yodada, su cabellera abundante y los ojos tan grandes y tan negros que daban miedo, parecía una italianita. Aún ahora, si te fijas bien, conserva el tipo de raza.

—Cierto—dijo Alfredo.

—¿Pero quién era la abuela Gina?—preguntó Manuel—. No me han hablado de ella.

—No la conoció.

—Pero recuerda á su familia.

—Esta se llamaba Juana.

—¡Ah!

—Pero le llamaban Gina. Esa costumbre de poner á las gentes nombre de perro: Lulú, Bebé... Yo, ni Lola he querido que me digan... Y mucho menos Dolorcitas. ¡Si me dejaran arreglar al mundo!

—¿Y dice usted que esa abuela era italiana, señora?—preguntó Alfredo.

—Sí, napolitana. Muy guapa, eso le viene de raza. Era madre de la madre de mi cuñada, es decir, bisabuela de Rosa. Yo llegué á conocerla. Dicen que se murió de *morriña*, como los gallegos, pensando siempre en Nápoles. Ella decía: «Ver á Nápoles y luego morir.» Y la pobre se murió sin verlo. ¡Una tristeza! ¿Pero qué más da? De una manera ó de otra se había de morir. No podemos ser eternos.

Con deseo de aprovechar el tiempo para hablar mucho, comenzó á lamentarse de la situación económica de la nación, á criticar su política, á censurar la disolución y la inmoralidad.

—Todo está perdido, todo perdido. Si me dejaran gobernar el mundo.

Le dieron la razón y se despidieron.

—¿Qué piensas de esto?—preguntó Manuel.

—Que debes llevar á tu mujer á Nápoles.

—¿Bromeas?

—No. Recordarás que yo he notado en ella una nostalgia. No es de aire y de luz sólo. Es una nostalgia de un sitio determinado.

—¿Pero será posible esa influencia de la abuela?

—Nada afirmo ni niego. He visto muchos fenómenos extraños cuya causa se me ha escapado, y éste es uno de esos.

—En parte tienes razón. Ahora me doy cuenta de esa ansiedad rara que hay en Rosa, que es de estar en un lugar determinado. Tanto, que á veces yo le he dicho: «Si fueras gallega, diría que tienes la *morriña.*»

—Sí. Es una cosa rara la influencia que ejerce la patria trasmitiéndose de generación en generación. En la raza judía tienes el gran ejemplo. Arrojados y martirizados en España, siguen siglo tras siglo amando la tierra de sus mayores y deseando volver á Palestina, al primitivo solar. Hay una tristeza judía que viene de la carencia de patria. Ellos son tan amantes de lo tradicional, que si se admitiera la teoría de las reencarnaciones, se podría asegurar que el judío no encarna más que en otros judíos. Preferirían encarnar en una vaca antes que en otra raza humana.

—A mí no me son simpáticos.

—A mí sí. Sobre todo porque no son peligrosos. No quieren hacer prosélitos. Se conforman con arre-

glarse entre ellos. Pero, como te decía, la influencia de patria está arraigada en la humanidad, que se complace en establecer divisiones. Ya ves que siempre se ha comprendido así. Busca el simbolismo de la tristeza de los ángeles rebeldes y del castigo del hombre, arrojado del Paraíso, y soñando siempre con el Paraíso. Fíjate en los patriarcas suspirando por la tierra de Promisión. La soledad de esa patria ideal ha sido la inspiración de los místicos, y ha hecho exclamar á Santa Teresa:

«Que muero porque no muero
en esta vida.»

—Bien. No te digo que esté convencido del todo, pero ya que te empeñas en que Rosa tiene un alma napolitana, me la llevaré allí una temporada. Temo que acabemos como en Valencia. Además, se empeñará en llevar el niño y la tortolita.

—Y hará bien. Tú toma mi consejo. Tu mujer tiene eso que los gallegos llaman *morriña* burlonamente, los portugueses *saudades*, guardando la poesía de *soledades*, que es el verdadero vocablo, aunque digamos también *añoranzas* y *nostalgias*. Mira cualquier diccionario y verás cómo se repite la misma definición para las tres palabras, aunque no sean verdaderos sinónimos. *Soledad* es la tristeza por estar lejos de una persona ó cosa que se ama. *Añoranza* es lo mismo, pero añade el matiz de ser también por un bien perdido. En la *nostalgia* ese mismo sentimiento se agudiza, y el verse lejos de la patria y de las personas queridas produce una verdadera enfermedad. Es el caso de tu mujer. Tiene un alma napolitana. Siente la soledad, la añoranza, y está enferma de nostalgia. Llévala á su patria.

VI

Iba amenguando ese «que te coge», «que te coge», «que te coge», que es como un cacareo del tren al acercarse á la estación.

—¡Ya hemos llegado!—exclamó con alegría Rosa. —¡Nápoles! ¡Estamos en Nápoles!

Miraba alegre la estación, y su mirada parecía buscar alguien que la esperara. Se complacía en verse rodeada de la multitud de *faquinos* que solicitaban llevar su equipaje y su saquito de mano.

Se cogió del brazo de su marido, y casi saltando de alegría corrió hacia uno de aquellos coches destartalados que esperaban á los viajeros.

Caía una lluvia menuda y persistente.

—¿No sería mejor tomar un *auto*?—dijo Manuel.

—No. Esto es más típico, más de Nápoles.

Lo atrajo hacia sí en un transporte y exclamó:

—¡Nápoles! ¡Nápoles! Es como una música esta palabra. ¡Nápoles! Se respira aquí mejor.

Manuel no se atrevía á tener confianza en aquella alegría de su esposa.

—También te gustó así Valencia los primeros días—dijo, como si formulara en voz alta su pensamiento.

Protestó ella:

—No compares la ilusión que yo tenía con venir aquí, con nada del mundo.

—Y, entonces, ¿por qué no me lo has dicho?

—Porque yo misma no me daba cuenta de lo que quería. Me parece que de este deseo procedía toda mi inquietud.

—Con tal de que no te vuelva, pasada la primera impresión.

—No. Me ha sentado muy bien este viaje. Me he puesto buena. Prométeme que vendremos á Nápoles todos los años.

—Te lo prometo.

—¡Qué feliz me haces, maridito! Va á ser ésta nuestra mejor luna de miel. Ya ves que te he complacido en venirnos solitos, sin nuestro hijito y sin el hijo-pájaro. Sólo para adorarte.

Apenas tomaron posesión del cuarto que tenían preparado en el lindo hotelito de la Vía Caracciolo, Rosa corrió á la ventana.

—Mira, mi —gritó llamando á su marido—. Da gana de arrodillarse á adorar tanta hermosura.

El espectáculo era sorprendente. Tenían frente á ellos la maravillosa llanura del mar Tirreno, cuya orilla dibujaba el semicírculo de luces de los faroles de toda la Rivera.

Se veían á la izquierda los jardines de la Villa Reale, y á la derecha los acantilados de la costa hasta las faldas de Posilipo.

—¿Ves aquella sombra, que está allí como un peñón, en medio del agua?—preguntó ella—. Pues es el Castillo del Huevo. Verás mañana qué lindo.

—¿Cómo lo sabes?

—He visto cuadros con este aspecto de la ciudad y lo recuerdo perfectamente. Como si hubiera vivido aquí.

Alzaron la cabeza:

—¡Qué cielo!

Les parecía que jamás habían visto astros tan llenos de luz.

—¡Y allí!

Era como un astro de fuego el Vesubio, elevando al cielo su lumbre. El monte, en la obscuridad, apenas dejaba adivinar su silueta. Era sólo el copete de llamas el que se veía, con reflejos de hoguera de fundición, con el color rojo vivo del metal en ignición, y debajo de él las fuentes de lava corrían como si fuesen una centella trazando su perpetua rúbrica.

—No hay más que un Nápoles en el mundo—dijo ella.

—Cierto—respondió él.

Jamás la había visto tan hermosa, con los ojos llenos del reflejo de la luz roja, el semblante encendido, frutales los labios. El olor á sandía madura que se escapaba del Golfo la perfumaba como si emanase de su carne.

El la atrajo hacia sí y cambiaron un beso apasionado. Un beso en el que Manuel vió por vez primera suya y sin reserva á su mujer. Era como una falta que cometían consigo mismos al convertirse en nuevos y distintos.

Fué ella la primera que se levantó.

—Hemos dormido con el balcón abierto. Mira, la marea nos ha bañado. Tengo las carnes húmedas, como flores llenas de rocío.

—A ver si te pones enferma.

—No, aquí todo es sano. Tengo ansia de ver esto de día.

Era todo más hermoso aún. Las sombras, al irse, abrían las puertas á nuevas bellezas. Se había ensanchado el horizonte. Se veía á la izquierda Posilipo, á la derecha el jardín con todos sus matices. El Castillo del Huevo lucía toda su forma original; más allá se dibujaba el bosque de mástiles del puer-

to; enfrente, en la serenidad de la mañana, se recortaba la silueta de Capri, y á sus pies un grupo de pescadores, morenos y greñudos, sacaban el copo.

—No veo bien nada—confesó ella—. Hay tanto que mirar, que tengo como locos los ojos.

—Yo te miro á ti.

Dominó á todo el Vesubio. Estaba allí con su gran mole partida y su cabellera de fuego. La fuente de la lava había palidecido en la fuerza de la luz, y el humo enrojecido formaba una mancha negra. A los pies de la montaña se tendía la ribera sembrada de jardines y pueblecillos.

—¿No te da miedo de que el aire avive esa hoguera y nos consuma?—le preguntó él.

—No. El Vesubio no es un volcán.

—¿Pues qué es?

—Un adorno de Nápoles.

—Algo peligroso.

—Eso aumenta su encanto.

Pasaban los días en una alegría y una paz desconocida hasta entonces. Les faltaba el tiempo para excursiones á Sarrento, la gruta azul, las Islas, Pompeya, Herculana y Pestum.

—Aquí—decían—hay un resumen de la historia del mundo. Nápoles es un museo vivo.

Visitaban edificios, paseos, monumentos, sin cesar de admirar. Rosa prefería los barrios populares. El alegre espectáculo de la Vía Toledo, los alrededores del Carmine, el puerto donde las gentes del pueblo sorbían sus madejas de macarrones levantándolos en alto con la mano.

Ellos rara vez comían en su casa. Entraban en los alegres merenderos donde se servían la *palenta* y la *pizzia* acabada de salir del horno, ó bien se iban á las alturas de Posilipo ó al famoso *El As lo pilla todo* para comer las sopas de mariscos.

—Aquí se pasa del cielo al infierno, y hasta el infierno es bello—decían, comparando las alegrías de la ciudad, llena de músicas, de cantos, de algazara, con las soledades de Pestum, que se sumergía y se ahogaba lentamente, con sus ruinas y sus embrazamientos de matojos, donde paseaban los lagartos, ó con la desolación ardiente de la Solfatara ó del circo de San Jenaro.

—Pero también podemos ir del presente al pasado. Cuando se entra en Pompeya, no se pasa una puerta, se pasan diez siglos.

Pero su encanto eran las noches. Aquellas noches claras en que se veían brotar y marchitarse las flores de luz de las estrellas. Iban naciendo poco á poco, con un esplendor desusado.

—Marte y Júpiter rivalizan como si fueran un inmenso rubí y un enorme diamante, con sus luces roja y azulina. Se diría que aquí brillan más que en otra parte, porque tienen celos de la luz del Vesubio.

—Marte es el volcán del cielo.

Y contemplándolos horas y horas en aquella placidez rumorosa del mar, dulcemente agitado, y de la ciudad dormida, los veían caminar y marcharse. Era como si las estrellas se secaran y dejaran caer en el mar sus pétalos.

Algunos días se quedaban para ver el alba, con aquel color de rosa inconfundible que marcaba la división de la noche y el día. Era como si la sombra, luchando por no irse, se arrebolara engañosa antes de desvanecerse en la luz.

A veces, Venus les hacía lanzar una exclamación de asombro, al verla alzarse tan viva, tan grande, tan señora de los cielos.

Se había acabado la melancolía para Rosa. Manuel estaba admirado de su alegría, de su actividad. Realizaba por completo su sueño.

Pero á veces sentía una inquietud extraña al tropezar con el misterio de aquella curación.

—A mí me parece que conozco ya esto—solía exclamar, sin darle importancia á su impresión, Rosa.

Tenía la iniciativa siempre y lo guiaba con una intuición que le hacía pensar en los niños que tocan el piano sin saber música. Aprendía el napolitano con tanta facilidad como si en vez de aprenderlo lo recordara.

Ponía una pasión extraña en llamar en italiano á su marido:

—*¡Amore mio caro!*

VII

Alfredo acogió á su amigo con su alegre risa franca.

—Me alegro que vengas, porque si tardas te quedas sin consulta. Tus clientes no están contentos conmigo. Les molesta que ría demasiado y que no vaya vestido de médico.

—Pues eres el mejor doctor del mundo, amigo mío.

—Eso de ser el mejor de todos debe ser más alegría que ser tan bueno como uno de los mejores. El caso es ser más que los otros.

—No comiences con tus bromas. Has acertado maravillosamente el mal de Rosa.

—En este caso he tenido suerte, y en otro mataré á mi enferma con la misma receta. Pura casualidad. No hay dos hojas de árbol que sean idénticas.

—No quieras hacerte el modesto. Con tu consejo ha entrado en mi casa el tesoro de la risa.

—Pero si todo es obra tuya. Sin tu gran amor, que ha buscado con tanta frecuencia el origen del mal, se hubiera muerto.

—No sabes qué feliz soy... Y, sin embargo... No sé cómo decírtelo.

—Habla.

—Me asusta el verla curada.

—¿Por qué?

—Por el problema que se plantea á mi espíritu.

—¿Qué te importa?

—Me pareces un brujo.

—No he llegado á tanto. Soy aspirante. Un observador.

—¡Te ríes de todo! Y esto es serio.

—Todo en la vida lo es. Hasta la risa.

—Yo quisiera saber qué piensas de la curación de Rosa.

—Que ya no te falta nada para ser feliz.

—Yo quisiera saber si crees que era la suya una nostalgia subconsciente, por una extraña herencia, ó si...

—No me tomo la pena de averiguarlo.

—Pero no es posible que, médicos los dos, con deber de trabajar, desdeñemos así una fuente de información como ésta y no investiguemos las causas.

—Bueno, querido Manuel, prepárate á llamarme brujo de nuevo, porque te voy á adivinar el pensamiento, pero no insistas más.

—No te comprendo.

—Yo sí. Sé muy bien por lo que quieres que te engañe con una explicación científica que te tranquilice respecto á este misterio.

—Te aseguro...

—No te esfuerces. Tienes miedo de encontrarte casado con la bisabuela de tu mujer.

FIN

LA SEMANA PRÓXIMA

Aves de paso

NOVELA

POR

LUCIANO ZUCCOLI

Versión castellana

de

R. CANSINOS-ASSENS

30 CÉNTIMOS

UNA VERDADERA BIBLIOTECA DE NOVELAS ADMIRABLES

Desde el 25 de Junio de 1921, en que apareció el primer número de LA NOVELA SEMANAL, ha ido publicando esta revista una serie de novelas admirables. Basta examinar el índice de títulos y autores para comprender cómo esta colección magnífica reune los más importantes de la producción de tan difícil género literario y cómo los lectores que quieran poseer con poco gasto una selección novelesca de primer orden, habrán de elegir entre nuestra interesantísima serie de narraciones españolas y extranjeras. A continuación damos una lista de las obras publicadas hasta la fecha, clasificándolas por orden alfabético de autores y haciendo constar el número de orden correspondiente. Cada ejemplar de LA NOVELA SEMANAL, sea de la fecha que fuere, puede ser adquirido al precio de *treinta céntimos* el número corriente y *cincuenta céntimos* el número extraordinario, solicitándolos directamente en nuestra administración.

AUTORES ESPAÑOLES E HISPANOAMERICANOS

FRANCISCO ACEBAL.—*Penumbra* (núm. 152).
GABRIEL ALOMAR.—*El sorbo del heroismo* (91).
«ANDRENIO».—*El talismán de Napoleón* (47).
LUIS ANTÓN DEL OLMET.—*La diablesa* (20), *El noventa y ocho* (54), *El nido del Amor y de la Muerte* (86).
JOAQUÍN BELDA.—*Un viaje en el «Metro»* (7), 122-228 *de Jordán* (37) *En el pasillo* (60).
RUFINO BLANCO-FOMBONA.—*Críspulo y su enamorada* (151).
VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.—*Puesta de sol* (1).
EDUARDO BARRIOBERO Y HERRÁN.—*María ó la hija de otro jornalero* (35).
LUIS BELLO.—*Historia cómica de un pez chico* (21).
TOMÁS BORRÁS.—*La doncella de la risa y el llanto* (13), *La mujer de sal* (45), *Trasmundo* (115).
MANUEL BUENO.—*El mártir* (111), *Historia breve de un breve amor* (134), *La ciudad del milagro* (159), *Frente á frente* (184).
CARMEN DE BURGOS «COLOMBINE».—*El artículo* 438 (15), *El extranjero* (94), *El anhelo* (106), *La melena de la discordia* (193).
«EL CABALLERO AUDAZ».—*La venganza del recuerdo* (2), *La paz del camino* (30), *El héroe de la Legión* (extraordinario), *Los celos viven* (147)
FRANCISCO CAMBA.—*Mimí Magadalena* (156).

RAFAEL CANSINOS-ASSENS.—*La novia escamoteada* (24), *El último trofeo* (74), *Ancilla Domini* (110), *La prenda del amor* (166).
LUIS CÁNOVAS.—*El fiscal* (73).
E. CARRASQUILLA MALLARINO.—*La Virgen salvaje* (53).
EMILIO CARRERE.—*La conversión de Florestán* (6), *La mala pasión* (34), *Las inquietudes de Blanca Emeria* (67), *La última noche del capitán Martín Avila* (79), *Jerónimo Expósito* (133), *Rata de hotel* (160), *La estela de Don Juan* (178), *El sacrificio* (extraordinario), *La dolora del burlador* (extraordinario).
SOFÍA CASANOVA.—*Princesa rusa* (55), *Kola, el bandido* (101).
VICENTE CASANOVA.—*La toga del reo* (104).
CLARÍN.—*Pipá* (194).
CRISTÓBAL DE CASTRO.—*Mujeres solas* (11), *La hija de Cromwell* (41), *Cú-Cú* (84), *Otelo y su mono* (127), *La gacela negra* (154), *Los emboscados* (180), *Jandra y el cosaco* (extraordinario).
ANTONIO CASERO.—*La chica de la Arganzuela* (23), *A orillas del Manzanares* (57).
ENRIQUE CONTRERAS Y CAMARGO.—*Culpa en la sombra* (62).
AUGUSTO D'HALMAR.—*Mi otro yo* (157).
GUILLERMO DÍAZ-CANEJA.—*El romántico de aldea* (46), *No me quieras tanto* (102), *El cínico encumbrado* (112), *Celos mal reprimidos* (136).
VICENTE DÍEZ DE TEJADA.—*Roto el encanto* (22), *La manzana podrida* (65), *Los comedores de agraz* (83).
EUGENIO D'ORS.—*El sueño es vida* (52).
CONCHA ESPINA.—*Cumbres al sol* (28), *El secreto de un disfraz* (145), *El príncipe del cantar* (extraordinario).
LUIS FERNÁNDEZ ARDAVÍN.—*La honrada casa de los Crespo* (107).
WENCESLAO FERNÁNDEZ FLÓREZ.—*Aire de muerto* (9), *La familia Gomar* (51).
JUAN FERRAGUT.—*El desquite del alma* (32), *La piel maldita* (137), *La misma sangre* (extraordinario).
JOSÉ FRANCÉS.—*La sirvienta* (5), *La voluntad de los otros* (44), *Detrás de la Cruz* (76), *La extraña pareja* (99), *La cadena* (113), *Piedra en torrente* (135), *Rostros en la sombra* (164), *El demonio secreto* (195), *El admirador* (extraordinario).
MANUEL GÁLVEZ.—*Pequeña sinfonía en blanco y negro* (171).
FEDERICO GARCÍA SANCHIZ.—*Prólogo y epílogo* (105), *Más secretos de Venecia* (187).
E. GUTIÉRREZ GAMERO.—*El loro mudo* (98).
ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO.—*El Evangelio del Amor* (83).
GERMÁN GÓMEZ DE LA MATA.—*De lejos* (88).
RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.—*La otra raza* (123).
ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO.—*El fado del Paço d'Arcos* (33), *Españolitas de Lisboa* (100), *La juerga triste* (126).
ALBERTO GHIRALDO.—*La infancia del apóstol Salvadorito* (175).
ALFONSO HERNÁNDEZ CATÁ.—*El drama de la señorita Occidente* (12), *El gigante* (53), *Bajo la luz* (95), *El sembrador de sal* (120), *Girasol* (149), *Piedras preciosas* (174).
ANTONIO DE HOYOS Y VINENT.—*El café de camareras* (4), *El pobre fenómeno* (50), *La argolla* (80), *En hombros y por la puerta grande* (158), *La sangre del hijo* (176), *Bajo el sol enemigo* (extraordinario), *Lección de cosas* (extraordinario).

ALBERTO INSÚA.—*La hiel* (8), *La mujer y la muñeca* (49).
ALEJANDRO LARRUBIERA.—*El hechizo de la farándula* (77), *El espejo en tinieblas* (121), *En la noche milagrosa* (191).
MANUEL F. LASSO DE LA VEGA.—*El hermano* (85).
ANTONIO DE LEZAMA.—*Los caballeros de Alcántara* (extraordinario).
RAFAEL LÓPEZ DE HARO.—*La monja de cera* (13), *La duquesa Otidia* (48), *La suprema ley* (64), *Flores del dancing* (172).
JUAN J. LORENTE.—*La mascota rubia* (87), *La musa de fuego* (117), *Corazón aventurero* (132).
MANUEL LINARES RIVAS.—*El hombre que lo sabía todo* (19).
ANTONIO G. DE LINARES.—*La modelo de Eva Sonemberg* (58).
EDUARDO MARQUINA.—*El alma de Sixto* (17), *La casa cerrada* (69), *Un niño malo* (122), *La flecha perdida* (extraordinario).
GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA.—*Cada uno y su vida* (139).
AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA.—*Luz de ocaso* (27), *Expiación* (75), *La señora de Ancedo* (97), *No era él* (125).
PEDRO MATA.—*Lo que está de Dios* (36).
CARLOS MICÓ.—*Lupo, sargento* (extraordinario).
GABRIEL MIRÓ.—*Señorita y sor* (143).
ROBERTO MOLINA.—*Las mismas palabras* (56).
FERNANDO MORA.—*Los hijos no son una propiedad* (82).
CARLOS MARÍA OCANTOS.—*La viuda* (190).
JOSÉ ORTEGA MUNILLA.—*La niña de México* (16).
JOSÉ ORTIZ DE PINEDO.—*Rosarito* (70).
ARMANDO PALACIO VALDÉS.—*El saladero* (109).
RAMÓN PÉREZ DE AYALA.—*Cuarto menguante* (14), *El ombligo del mundo* (42).
JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.—*La viuda de Perrín* (21).
EMILIANO RAMÍREZ ANGEL.—*Las noches del trópico* (89), *Un año de amor* (124), *Anda que te anda* (168).
ALVARO RETANA.—*El escapulario* (40).
CEFERINO RODRÍGUEZ AVECILLA.—*Margot quiere ser honrada* (68).
JOAQUÍN ROMERO MARCHÉN.—*Vidas rotas* (103).
MARIO ROSO DE LUNA.—*En suspensión de pagos* (181).
JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA.—*Las pupilas acusadoras* (118), *Final de drama* (131), *El amor en transatlántico* (162).
DIEGO SAN JOSÉ.—*La espada del Duque de Alba* (25), *De capellán á guerrillero* (78), *Buena boda* (93), *El diablo á las puertas del cielo* (108), *El «pájaro» suelto* (130), *El azotado* (192).
FELIPE SASSONE.—*Ladrón de vida y de amor* (10), *23 encarnado, impar y pasa* (71).
ANTONIO DE TRUEBA.—*El Judas de la casa* (188).
ALBERTO VALERO MARTÍN.—*La novia del estudiante* (39), *Rosa María* (61), *La amante del presidiario* (92), *Por el amor de una enferma* (116), *Los bebedores de sangre* (128).
RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN.—*La rosa de papel* y *La cabeza del Bautista* (141), *Cartel de feria* (183).
ALFONSO VIDAL Y PLANAS.—*La camisa fatal* (96).
SANTIAGO VINARDELL.—*El mártir* (90).
EDUARDO ZAMACOIS.—*Memorias de un vagón de ferrocarril* (3), *Una buena acción* (26), *Horas locas* (extraordinario), *El marido no quiere* (81), *Sobre el mar* (119).

ANTONIO ZOZAYA.—*Miopita* (31), *Los instintos* (extraordinario) *Maritín* (114), *Los amores muertos* (170).
HUGO WAST.—*Sangre en el umbral* (165).

AUTORES EXTRANJEROS

NORBERTO DE ARAUJO (portugués).—*El loco de las estampas* (150).
GILBERTO BECCARI.—*Iberá* (185).
ANTONIO BELTRAMELLI.—*El alma de la casona* (161).
RENÉ BIZET.—*Una vez en un hotel...* (163)
LUIGI CALLARI.—*Villa lontana* (173).
JACQUES CAZZOTTE.—*El diablo enamorado* (129).
SOUSA COSTA.—*Cómo se hace un ladrón* (155).
MAX DAIREAUX.—*La extraña pasión* (148).
GRAZIA DELEDDA.—*El novio desaparecido* (146).
CHARLES DERENNES y AIMÉ GRAFFIGNE.—*Un hombre de pocas palabras* (169).
WILLY DENCKER.—*El confidente* (177).
CHARLES GENIAUX.—*Mansión de eternidad* (155).
MÁXIMO GORKI.—*La vieja Iergui* (138).
ROCHA MARTINS.—*El glorioso abuelo* (144).
FRANCIS DE MIOMANDRE.—*El hijo pródigo y su padre* (142).
ROBERTO PALMAROCHI.—*Buena gente* (179).
GASTON PICARD.—*El encargado de equipajes* (189).
MARIO PUCCINI.—*Herrumbre* (extraordinario).
AQUILINO RIBEIRO.—*El hombre que mató al diablo* (167).

Todos los originales que publica LA NOVELA SEMANAL son rigurosamente inéditos y escritos expresamente para esta revista, excepto los pertenecientes á la serie *Los maestros de la novela española en el siglo XIX*, que, como su título indica, son escrupulosas reediciones de obras de autores ya fallecidos.

Las traducciones de novelas extranjeras se encomiendan á ilustres escritores españoles de merecido prestigio como novelistas.

Cada novela va precedida de un completo estudio biográfico-crítico ó de opiniones de insignes escritores acerca del autor, que contribuyen á divulgar su personalidad.

Las cubiertas á todo color y las ilustraciones de la serie *Los maestros del siglo XIX*, son originales de los ilustres dibujantes Bartolozzi, Manchón, Bujados, Ribas, Baldrich, Sancho, Benet, Igual Ruiz, Sáez de Tejada, Escribá, Durias, Ramos, Martín Durbán, etc., etc.

En LA NOVELA SEMANAL se dará cuenta de todo libro recién publicado y del cual se remitan dos ejemplares á la Dirección.

LA NOVELA SEMANAL se publica los sábados, y se vende en toda España al precio de TREINTA CENTIMOS ejemplar.

LA NOVELA SEMANAL es la primera revista de su género que ha incorporado al grupo de sus colaboradores españoles la importante colaboración de los novelistas hispanoamericanos.

Prensa Gráfica

SOCIEDAD ANÓNIMA

EDITORA

DE

La Novela Semanal

Mundo Gráfico

Nuevo Mundo

Elegancias

Aire Libre

La Esfera

57, Hermosilla, 57 - MADRID

LA NOVELA SEMANAL

advierte á los colaboradores espontáneos QUE NO ADMITE MAS ORIGINALES QUE LOS SOLICITADOS, y que en ningún caso devolverá aquellos que reciba sin haberlos pedido, ni mantendrá correspondencia acerca de ellos.

LA BELLEZA DE LA BOCA

La belleza de la boca
de la preciosa Dolores
no la debe solamente
á sus bellas condiciones,
pues si la dotó Natura
de dientes encantadores
ella luego en el tocado
aumentó sus perfecciones.
¿Con qué se enjuaga la boca?
Pues con ELIXIR BESOY.

• •

—Dime: ¿Qué tiene ese ELIXIR
que al dentífrico prefieres?
—Pues cualquiera que lo usa
sabe al punto lo que tiene:
que desinfecta la boca,
que da firmeza á los dientes,
que da frescura y aroma,
lo que quieren las mujeres,
para que digan los hombres
«¡qué preciosa boca tienes!»

Frasco: 2 pesetas.

Premiado con medalla de oro, la más alta recompensa, en la primera Exposición Nacional de Medicina é Higiene. Madrid 1919.